



CATÓLICA AMBIGUA. AFLICCIÓN, DUELO Y EXPERIENCIA EN LA PRÁCTICA ANTROPOLÓGICA

ANTROPOLOGÍA DE LA RELIGIÓN

RAÍCES
Revista Nicaragüense de Antropología

Católica ambigua. Aflicción, duelo y experiencia en la práctica antropológica

Ambiguous catholic. Affliction, grief and experience in the anthropological practice

Tania Fernanda Aguilar Silva

Maestrante

Universidad de Guadalajara

ID Orcid: <https://orcid.org/0000-0001-9562-6951>

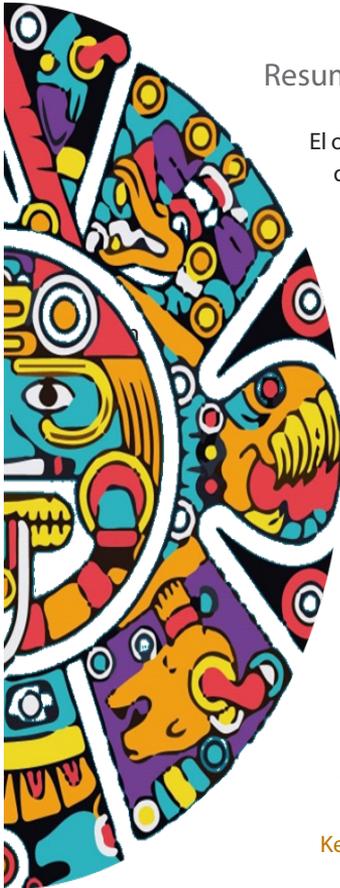
fernanda.aese@gmail.com

Recibido:15-07-2021

Aceptado: 10-09-2021



Copyright © 2021 UNAN-Managua
Todos los Derechos Reservados.



Resumen

El objetivo de este artículo es presentar un cuestionamiento a la noción de ambigüedad como posicionamiento recurrente de las y los antropólogos, a partir de la comparación de dos experiencias similares de duelo y pérdida de un familiar, una sucedida en campo y una a nivel personal, las cuales supusieron la reconsideración de las formas en que el grupo social se convierte en un reforzador de la experiencia de pérdida y cómo esta experiencia alimenta a su vez, replanteamiento del papel del investigador, que también involucra asumir que siempre nos encontramos situados en campo.

Palabras claves: Reflexividad, Trabajo de campo, Religiosidad, Aflicción, Experiencia.

Abstract

The aim of this article is to present a questioning of the notion of ambiguity as a recurring position of anthropologists, parting from the comparison of two similar experiences of grief and family loss, one at the field and one at a personal level, which entailed the reconsideration of the ways the social group reinforces the experience of loss, and how at the same time this experience supposes a reassessment of the role of the researcher that involves assuming that we're always situated at the field.

Keywords: Reflexivity, Fieldwork, Religiosity, Affliction, Experience.

Introducción: Del distanciamiento etnográfico hacia la experiencia etnográfica.

Cuando la idea del presente artículo comenzó a gestarse, me pareció muy importante que el título denotara una postura muy común en ciencias sociales y en antropología, cuando nos topamos con los sistemas de creencias y prácticas religiosas en campo: la de la ambigüedad, el situarse en medio, pero con inclinaciones fluctuantes que dependen de un sinfín de factores.

En mi caso siempre traté de mantener una postura “neutral” en el contexto católico en el que me inserté en campo, creyendo erróneamente que mis propias creencias eran irrelevantes, como lo menciona Ewing, acotando que pueden parecernos irrelevantes (como investigadores), pero que eso no significa que también lo sea para nuestros “sujetos” (Ewing, 1994: 573). Por mucho tiempo me consideré atea, pero el reconocerme como tal y negar la existencia de algo superior fue una espinita que nunca logré sacarme. No porque tuviera un interés particular en acercarme a ese “algo”, sino porque me parecía sorprendente conocer la seguridad y certeza con que muchas personas integran, en su día a día, experiencias para reconocer los indicios de que ese algo superior (ya sea católico, de los testigos de Jehová, mormones u otros) siempre está con ellas. Pero por más que intentaba imaginarme sintiendo esa confianza en algo ulterior al mundo terrenal, “objetivo”, simplemente no lo lograba.

Por eso, cuando viajé de La Paz, Baja California Sur, hacia Guadalajara, Jalisco para realizar mis estudios en antropología me sentía expectante sobre mis interacciones en la ciudad, ya que durante mi infancia había visitado a algunos familiares y lo que recordaba de ellos era un carácter profundamente católico y moralista. Aunque no fuese a vivir con ellos, me preocupaba que las demás personas fuesen iguales. De cierta manera, leía la religión como una parte de la vida que restringe la libertad de hacer y pensar, pero nunca me cuestioné por qué y tampoco llevé más lejos esos pensamientos, pues para mí no era necesario.

El giro fue que al estudiar antropología pasé por diferentes ejercicios (teóricos en su mayoría) que apelaban a entender al “otro”, respetar en qué creían y situar sus creencias (religiosas, políticas, ambientales, etc.) en un marco social e histórico más amplio. Pero la antropología no se realiza a través de lecturas, teníamos que ir al campo y eso implicaba otra serie de instrucciones para evitar “contaminar” la información que buscábamos recolectar, de todas ellas, la que más se recalcaba era la relacionada con el distanciamiento etnográfico, si querías podías hacer observación participante y acudir a las manifestaciones con las informantes, beber con ellas, tatuarte, pero siempre, siempre, recordándote que en todos esos momentos tú eras la investigadora y sí en algún momento sentías que esa frontera se volvía porosa, era momento de alejarte, tomar distancia y “descansar” la información para poder volver si se era necesario (Mahmud, 2021).

Fueron dos situaciones y grupos de personas los que me ayudaron a entender y posicionar mi práctica antropológica desde otra perspectiva: el primero, compuesto por investigadoras de larga trayectoria que han trabajado con autoetnografía; y el segundo, por un grupo de colegas (más tarde amigas) que no paraban de hablar de cosas de la antropología de la religión. La autoetnografía y el primer grupo movieron todos los esquemas que yo daba por sentado hasta ese momento sobre lo que era la antropología; pude verla como una ciencia social que toca a cada investigadora, confronta y siempre apela a quiénes somos, dónde estamos situados y cómo somos afectadas. En ese sentido, reconfiguraba la práctica etnográfica y podía entender que esa famosa distancia, sí estaba, pero en otro lado, porque en el trabajo de campo no.

La antropología y el trabajo de campo se tratan de un intercambio entre personas, historias, formas de pensar, sentir y hacer que, aunque se quiera negar, nos cambia a nosotras y a las personas con las que interactuamos (Hoel, 2013: 41).

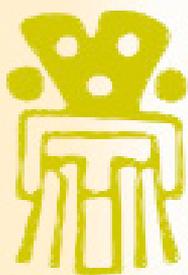
Desde luego esto no supone que la antropología no tenga aportes que realizar sobre la vida social, sino que estos no se colocan necesariamente detrás de la búsqueda inalcanzable de la “objetividad” y la “exactitud”, sino desde un posicionamiento radical en el que se acepte que contamos con una serie de prejuicios y características sociales a través de las que leemos y somos leídas (Rangel Lara, 2021). El segundo grupo, me acercó a una sub-disciplina que nunca me llamó la atención, la antropología de la religión. Escucharlas hablar de su trabajo de campo, participaciones en rituales, viajes a diferentes lugares siguiendo a la gente y observando que en pequeños matices podían anclar el mundo religioso/espiritual con la vida cotidiana, me parecía muy estimulante. Aunque nunca he terminado de “convertirme” a esa área de estudio, poco a poco, fue apareciendo el chiste en nuestro grupo de que yo “estaba abriendo mi tercer ojo” de la antropología de la religión, y es que de pronto en las calles, la gente y en el entorno se volvía cada vez más visible esa dimensión que antes me parecía inadvertida.

Conforme me fui adentrando en mis propios proyectos de investigación y el trabajo de campo, llegué a la conclusión que yo había pasado de la distancia etnográfica como punto de inicio formativo hacia el trabajo desde la experiencia etnográfica. O sea, de entender que es la experimentación del mundo social y sus formas, lo que nos ayuda a comprenderlo y analizarlo para poder plantear problemáticas y abstraerlas en el mundo académico. Es justo este pensamiento el que trataré de ilustrar a partir de la aflicción y el duelo, que supuso contrastar un velorio al que asistí durante trabajo de campo y el proceso actual de duelo después de que falleciera mi hermano.

El velorio como espacio de aflicción y convivencialidad.

Las puertas de la terraza estaban abiertas de par en par; adentro se encontraban dos hileras de sillas plegables a la izquierda, una hilera a la derecha y un féretro abierto en el medio de todo. La familia del profe se hallaba a la izquierda, pero los pocos rostros que reconocí estaban a la derecha, así que me fui a sentar con ellos.

Cuando llegué, sentí los ojos de muchas personas posados sobre mí. A pesar de haber convivido con varios de los vecinos y vecinas de la colonia El Retiro por casi dos años mientras hacía trabajo de campo con una asociación autodenominada como Comité Vecinal, en esta ocasión había muchas personas desconocidas para mí, agrupadas y hablando entre sí. Cuando me enteré del fallecimiento del profe Rafa, supe que debía asistir a su velorio. A pesar de ya no asistir físicamente a las reuniones del Comité Vecinal, me mantenía al tanto de sus actualizaciones por medio de un grupo de WhatsApp. Fue a través de este medio que supe que el profe se encontraba delicado de salud y, posteriormente, me enteré de su muerte. Cuando ésta fue anunciada, además de las palabras de resignación y apoyo ofrecidas por distintos vecinos y vecinas, la maestra Paty, residente de la colonia y es presidenta del Comité Vecinal, comenzó a alentarnos a asistir al velorio que tendría lugar en la terraza de su casa, ya que, a pesar de no tener parentesco con el profe, se trataba de uno de los miembros que había tenido mayor presencia en el Comité. Además, debido a la situación derivada de la emergencia sanitaria por el covid-19, suponía una opción ideal por el amplio espacio con el que cuenta la maestra y una manera de ayuda a la familia para evitarles gastos en velatorios privados.



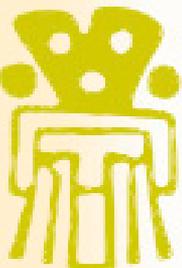


Los miembros del grupo rápidamente comenzaron a organizarse sobre lo que había que llevar para realizar el velorio, la asistencia, y el horario, y muchos quedamos en la espera de la confirmación de la llegada del cuerpo. Se acordó la hora de inicio a las 7 p.m. y yo llegué 10 minutos después. En ese momento, me sentía muy extraña y a la vez muy incómoda por no saber cómo aproximarme a la familia del profe para darles el pésame; es decir, hacerles saber que sentía su pérdida y los acompañaba en ese momento. Con su esposa, Cuquita, una señora muy pequeña de ojos claros, apenas tuve pocos y tímidos acercamientos durante mi período en campo y con Caro, su hija, tampoco conviví mucho, así que me cuestionaba si era adecuado estar ahí porque mi relación con el profe se limitaba al espacio de la organización vecinal y, después de todo, ese momento en la terraza era muy personal.

Luego de saludar a un par de vecinos y tomar asiento, comencé a escanear el lugar. Excluyendo el acomodo particular por la situación extraordinaria que nos reunía, la terraza de la maestra Paty se veía ligeramente distinta: había muchas plantas y flores nuevas, el mobiliario se había relegado a una esquina y se retiraron los costales de box que usaba ocasionalmente su sobrino cuando daba clases a niños y adolescentes del barrio. Se notaba que el año de pandemia disminuyó el flujo de personas del lugar. Antes de la pandemia, semanalmente se realizaban reuniones donde vecinos y vecinas discutían las problemáticas surgidas en la colonia y se buscaba solución. Esas reuniones fueron mi fuente principal de información cuando investigaba sus formas de organización para resistir la construcción de un megaproyecto urbano que amenazaba (y todavía amenaza) con modificar sus espacios y estilo de vida.

Pasó aproximadamente media hora antes de reunir el valor suficiente para ir a hablar con la señora Cuquita. Aproveché que las mujeres a su alrededor salieron de la terraza y fui; sin pensar, mi primera pregunta al acercarme fue ¿cómo está? Vi la duda en su rostro y supe que había sido imprudente así que traté de cambiar el tema. Hasta ese momento, pensaba que ese tipo de preguntas era un mero acto de imprudencia, no fue hasta un mes después tras la pérdida de mi propio hermano que también experimenté lo insensibles que esas preguntas pueden ser. Cambié de tema tratando de enmendar mi error y procuré decir algunas palabras de apoyo, sobre todo frases que sé que se dicen por la pérdida de los seres queridos como “lo siento mucho” y “lamento su pérdida”.

Una vez que ya estaba hablando con ella, me sentí aliviada y me preparé para regresar a mi asiento; no obstante, Cuquita tomó mi mano mientras hablábamos y me sentí desorientada, la sostuve con mis dos manos, pero el momento se prolongaba y me sentía cada vez más nerviosa. No había contemplado que Cuquita quisiera interactuar conmigo más allá de un momento breve, pues yo consideraba que mi presencia ahí era irrelevante. Si bien la situación me había tomado desprevenida, lo que más me preocupaba era no saber qué decir y que mi incomodidad se malinterpretara de manera negativa. Pronto se acercó más gente y me despedí por el momento de Cuquita.



Este evento me llevó a hacer memoria para encontrar mis experiencias anteriores relativas a velorios y muertes; la última vez que asistí a un velorio tenía alrededor de 8 años así que mis conocimientos sobre los protocolos estaban bastante oxidados. Después de dejar a Cuquita, regresé a mi asiento y seguí observando; ya había más personas en el lugar, aunque la mayoría seguían siendo desconocidos para mí. Llegó el señor José Luis, miembro del Comité desde hace varios años, me saludó y me dijo que qué bueno que había ido. Posteriormente, comenzó a platicarme respecto a los últimos cambios que habían ocurrido en la colonia con relación al megaproyecto contra el cual están organizados. De esta manera, me enteré que el gobierno del estado había decidido reanudar las labores del proyecto y había comprado nuevos predios y modificado algunos otros en la colonia.

Mientras platicaba con el señor José Luis, enfocaba mi mirada hacia la entrada pues antes de dirigirme al velorio le avisé donde estaría a un amigo que me acompañaba ocasionalmente a las reuniones del Comité, para que yo no tuviera que regresar a casa sola por la noche. Estaba a la espera de su llegada cuando una de las vecinas se puso de pie y nos llamó a todos a unirnos en oración por el descanso del alma del profe Rafa. La mayoría nos pusimos de pie y comenzamos a orar siguiendo lo que la vecina decía. De cierta manera, el uso del cubrebocas representó una ventaja para mí: fuera del Padre Nuestro y el Ave María había otras oraciones que yo no conocía, y el anonimato del cubrebocas me permitió conectar con lo que estaba sucediendo. Poco a poco vi como varios vecinos y vecinas se sentaban mientras oraban y me pregunté si debía seguir de pie o no, ya que la vecina que dirigía el rezo lo hacía parada. Opté por seguir así y lo estuve hasta el tercer misterio, cuando ya casi no había nadie de pie.

Mi compañero llegó momentos después y lo vi sentarse en las hileras frente a la mía, junto al señor José Luis y el señor Gabino, otro miembro del Comité. Una vez finalizados los rezos, los vi platicando y después me enteré que a él también lo estaban poniendo al tanto de los cambios ocurridos en la colonia y el Comité los últimos meses. Al parecer, el grupo original que yo había conocido se había dispersado paulatinamente por diferentes motivos, entre los que destacaban dos. El primero, era el miedo a la pandemia ya que todos ellos y ellas oscilaban en una edad entre 65 y 80 años; el segundo, tenía que ver con la decisión de la maestra Paty de querer incorporar a más miembros al Comité, lo cual a los primeros miembros no les agradó, ya que consideraban que no existía el mismo nivel de compromiso que ellos tenían y les parecía ofensivo que después de tantos años juntos sin recibir ayuda, cuando la situación había mejorado ahora si querían hacerse presentes.

Esta platica fue interrumpida porque minutos después llegó la maestra Paty con cafeteras, botes de café y azúcar para preparar la mesa del café. Me puse de pie y me ofrecí a ayudar a limpiar y organizar, lo cual ella aceptó. Cuando la saludé, me devolvió el saludo de forma fría, lo que me llevó a pensar si estaría resentida conmigo de alguna manera por haber dejado de ir a las reuniones los meses anteriores y eso me preocupó: Paty es una de las informantes clave en mi investigación de tesis.



Traté de no prestar atención a esos detalles, así que acomodé las cafeteras e insumos que hasta el momento se habían reunido gracias a la aportación de distintos vecinos y vecinas, así como unas cajas de galletas que llevé. Además, otros habían llevado café soluble, azúcar, leche en polvo, pan dulce, agua fresca, servilletas, vasos, cucharas, entre otras cosas para compartir con la familia del profe y los asistentes del velorio y así poder pasar la noche. Mientras yo acomodaba, noté que Paty reconoció a mi compañero y cruzó la terraza para saludarlo y hablar con él. Este gesto me tomó por sorpresa, pero no fue hasta que los vi señalándome que caí en cuenta que Paty no me había reconocido la primera vez. Nuevamente acudí a mi lado y en esta ocasión me abrazó, me agradeció por haber asistido, recalando que en esas situaciones siempre era mejor estar unidos. Asentí, y en forma de broma le reclamé la interacción impersonal de hacía rato, a lo que ella confirmó que no me había reconocido por el cubrebocas.

En sí, toda la situación alrededor del velorio me hacía sentir muy extraña, inadecuada e incómoda. Yo había decidido asistir para presentar mis respetos a Cuquita y su hija, pero en realidad tenía años que yo no me presentaba a ningún ritual católico (por voluntad propia), por lo tanto, todas las expectativas que tenía sobre el velatorio (tristeza, silencio y pena) se vieron confrontadas con lo que en realidad estaba sucediendo. Si Cuquita, su hija y otros parientes lucían devastados (principalmente Cuquita), en el caso del resto de los asistentes, era todo lo contrario, aunque procuraban hablar en voz baja, la mayoría estaba aprovechando el momento para ponerse al tanto de todo lo que había sucedido desde que inició la pandemia en 2020. Rumores, chismes, comentarios de política, problemas de la colonia y saludos alegres acompañados de pan y café contrastaban con la atmósfera que yo tenía en mente. Ese contraste me escandalizaba a la vez que me parecía fascinante. Por más que yo había ido sin ningún fin académico, en ocasiones me sorprendía a mí misma analizando de manera antropológica todo lo que veía y escuchaba.

Nuevamente una vecina urgió al resto de los presentes para que nos uniéramos en oración y eso hicimos, esta vez con más confianza, pues ya había más personas en el lugar. Pronto caí en cuenta de que en el velorio no solo se encontraba la familia extensa del profe y los miembros del Comité Vecinal, también se encontraban sus ex-alumnos y, por lo que indicaba una de las coronas de flores, miembros de una agrupación de 1968. Además, como la terraza se abría en todo su ancho por dos puertas metálicas hacia la vía pública, cada tanto uno o varios vecinos de la colonia se asomaba y platicaba rápidamente con alguna de las personas situadas cerca de la salida para informarse de lo que estaba ocurriendo. En ese momento me pareció una situación curiosa, ya que nadie lucía mínimamente apenado de acercarse para “saber el chisme”; incluso hubo alguien que solicitó pan y bebidas para sus amigos que se recargaron sobre una camioneta para ver el velorio mientras comían y después de tirar la basura en un bote siguieron con su camino.

Entre el impacto que me causaba la fluidez y ligereza con que se comportaba la gente frente al velorio, y la aparente indiferencia de los familiares del profe ante todo lo que se desarrollaba a su alrededor, entendí que el velorio es un asunto más de los vivos, que de quienes han fallecido. El ritual, los recursos dispuestos, las emociones e incluso el profe, su cuerpo, era una situación del colectivo. De cierta manera, el profe les pertenecía a todos en ese momento.



Casi de manera simultánea, un hombre intentó entrar de manera discreta a la terraza, pero fracasó totalmente. Mientras que quien dirigía el rosario continuaba sin alterarse, el resto de los vecinos miraba sin ningún tipo de recato al recién llegado: de cara redonda, cabello rubio relamido, anteojos redondos, vestimenta de color negro, un reloj destellante y un iPad, el personaje se aproximó a otro de los hijos del profe y Cuquita. Continuamos con las oraciones, pero cada tanto alguien se detenía y volteaba a observar como el desconocido ignoraba los rezos y buscaba de manera obsesa algo en su dispositivo. No obstante, el misterio cobró sentido, cuando se puso un alzacuello blanco, una casulla morada y se dirigió con la vecina para explicarle que el continuaría con las oraciones. De manera instantánea el ambiente se hizo más pesado, sobrio e incómodo, el sacerdote leía las oraciones en el iPad con bastante monotonía y en varias ocasiones se equivocó al pronunciar el nombre del profe que leía de manera recurrente en un pedazo de papel. Agregó un par de reflexiones que no parecían tener sentido: la tristeza no “embargaba a todos los presentes”, y definitivamente Cuquita estaba lejos de “encontrar resignación” en el hecho de que el profe estaba en un lugar mejor. Lo poco que se había mencionado sobre Cuquita y su hija, era alrededor de la incertidumbre que les deparaban en adelante sus condiciones y la ausencia del profe.



Al terminar las oraciones, el padre se despidió superficialmente y salió de la terraza con prontitud. Entonces, nos acercamos con Paty a platicar y ella nos contó sus planes para organizar a sus vecinos y sobre por qué era importante que más que nunca estuviéramos unidos. Después escuché esta parte repetidamente en diversas ocasiones con otras de las personas presentes e intuí otro nivel del velatorio: si por un lado se dirigía hacia los vivos, también se trataba sobre sus asuntos. Era evidente que Paty había actuado motivada por el cariño al ofrecer su terraza para la realización del velorio, pero aprovechaba el momento para recordarles a todos los vecinos que precisamente era la unión y los lazos aquellos que servían para afrontar las dificultades, y eso era igual cuando se trataba de defender la colonia. Momentos después noté, al observar a Paty, que en el velorio también se ponen en juego las tensiones y los resentimientos, pues una ex-integrante del Comité original (con la que Paty tuvo un conflicto personal) se presentó a despedirse del profe junto con otras integrantes de mayor edad que la animaron a buscar el contacto visual con Paty, quien se limitó a voltear el rostro y alejarse de ese lugar. Lo último que supe fue que las integrantes censuraban a Paty por comportarse de manera inapropiada.



Cuando se acercó la hora de retirarnos, mi compañero y yo decidimos acercarnos al féretro donde se encontraba el cuerpo del profe Rafa y despedirnos. A pesar de sentir que este paso debí de haberlo hecho al inicio, no me sentía ni con la confianza ni la fuerza para realizarlo, y durante un buen rato me pregunté si de verdad lo haría. Al acércame y verlo detrás del cristal, me sentí abrumada por la visión, cerré mis ojos y le pedí a Dios por el descanso de su alma y por la protección de Cuquita y los hijos del profe.



A todo lo anterior, se agregaban mis propias dudas respecto a mi situación personal como antropóloga en ese espacio, ya que una parte de mí creía necesario suprimir a la investigadora, aunque fuera un solo momento. Tiempo después, un par de amigas (también antropólogas) con más experiencia me dijeron que eso era inevitable y en adelante así sería siempre. Pero en ese momento, me sentía culpable de estar analizando algo que era íntimo y profundamente doloroso para alguien más. Tendrían que pasar semanas para que yo pudiera entender el proceso desde otra perspectiva.



Duelo y reflexividad a partir de la pérdida personal.

La mañana del 1° de junio hablé por teléfono con mi mamá para preguntarle cómo le había ido con su segunda dosis de vacunación y qué noticias había sobre el estado de salud de mi hermano, que llevaba poco más de una semana hospitalizado. No hubo nada inusual en esta llamada, tampoco algún indicio de que algo malo fuera a suceder, de hecho, la información que me dio mi mamá parecía, dentro de todo, positiva. Así que cuando recibí otra llamada horas más tarde desde el teléfono de mi tía, no logré conjeturar la posible razón por la que hablaba, puesto que asumía que se trataba de mi mamá que había decidido contarme algo que seguramente olvidó. Me encontraba en el elevador de mi lugar de trabajo, cuando escuché la voz de mi tía dándome la noticia. Sin saber cómo procesar la información (¿cómo era posible si tan solo hace poco me habían dicho otra cosa?), comencé a llorar ahí mismo.

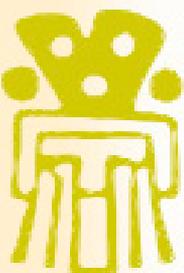
Al plantearme este texto y los giros que podrían darse en la redacción (cambiar de enfoque, argumento o tema), lo último que imaginé es que me vería experimentando un proceso de pérdida similar semanas después. Cuando falleció mi hermano, comprendí muchos de los códigos sobre la muerte que silenciosamente observé durante el velorio del profe Rafa y experimenté lo que es perder a un ser querido en el nivel social. No sólo me llegaron a parecer odiosas y pesadas las preguntas de terceros sobre mi estado, sino que también había una fina línea entre el querer sentirme rodeada de personas que me consolaran y el querer ser dejada sola para lidiar con mis propias emociones, las cuales oscilaban en un rango entre enojo, tristeza, culpa e incertidumbre. Lo más difícil, era tener que rendirle cuentas a la gente: me pedían un reporte de mis emociones con la sencillez que se le pregunta a alguien la hora y yo estaba muy lejos siquiera de definir cómo me sentía, así que mis respuestas parecían producto de estar en "piloto automático". Acababa de perder a mi único hermano, tenía que recordarme con frecuencia que se había ido y ¿todavía tenía que pasar por una certificación de mis emociones únicamente porque yo no se lo contaba a cada persona de mi entorno? Al parecer sí, en varias ocasiones y por diferentes motivos.

El derecho a sentir y pasar por el duelo, se me descubrió como un privilegio del que al parecer yo no gozaba. Mi madre y su dolor, mis sobrinos y su dolor; ella había perdido un hijo, ellos un padre y al parecer yo solo un hermano, de tal modo que sentí que recayó sobre mí la expectativa de ser quien brindara apoyo y consuelo.

Sentí que tenía que cuidar el duelo de otros y pasar el mío a un segundo plano, suprimirlo. Si un velorio es para los vivos y sobre sus asuntos, los familiares de quien ha fallecido están obligados a ser de los muertos y subyugarse a sus asuntos. Así que, por ejemplo, cuando yo no lloraba en público, durante las misas o en otros espacios compartidos para estar pendiente de mi mamá, el juicio social sobre la relación que se esperaba que yo mantuviera con mi hermano llegaba con todo su peso para amonestar mi transgresión. ¿Será acaso que entonces quienes asisten a un rito fúnebre no solo acuden para acompañar a la familia del ser querido perdido, sino que además lo hacen para observarlos y asegurar la propiedad de los ritos? Podría ser y cobraría un nuevo sentido el que la gente cuestione con regularidad cómo se está. Porque además las memorias que se tienen de quien se va, hace que la persona deje de pertenecerle exclusivamente a su familia, pasa a ser propiedad de los demás. Mi hermano pasó a ser propiedad de los demás, de repente, todo el mundo tenía alguna historia que contar sobre él, un derecho sobre su persona: todos lo conocían, todos sabían cómo era, qué sentía, qué pensaba y qué planes tenía, excepto yo.



Otra cosa que en su momento no pude dejar de preguntarme fue cómo era posible que sí hubiera podido asistir al funeral del profe Rafa, pero no al de mi hermano. Cuando todo sucedió, yo me encontraba en un lugar distinto al de mi familia, y no me fue posible conseguir el boleto de avión ese mismo día para estar con él. Un último vistazo, una despedida y una oportunidad perdida de acompañar y ser acompañada. Me parecía muy irónica esa situación. Los rezos expresados durante el velorio, los repetí durante los tres días de misas a los que después asistí con mi familia para orar por el descanso eterno de mi hermano. Hubo quienes vieron señales de la presencia de mi hermano en el templo, otros se enfocaron en vigilar el cumplimiento de los códigos sociales de terceros y yo no podía dejar de prestar atención a que uno de los sacerdotes, al igual que en el caso del profe Rafa, oraba con el sentimiento de un pedazo de metal.



A pesar de no haber estado presente en el funeral de mi hermano, lo recreé en mi cabeza a partir de lo que terceras personas me contaron. Imaginé los espacios en los que se pudo dividir la sala de velación de la casa funeraria, basándome en lo que vi en el caso del profe Rafa. Imaginé el espacio para el féretro con el cuerpo de mi hermano, los asientos para los familiares y amigos que asistieran, la mesa con cafeteras y cosas para los asistentes, todo rodeado por las varias coronas de flores que mi mamá terminó donando a la iglesia donde se realizaron las misas. Pero nada de eso era suficiente.



Además de la experimentación de la pérdida, también observé cómo la muerte de mi hermano afectó a mi círculo familiar. Mi inasistencia al funeral de mi hermano me despertó una serie de emociones similares a la aflicción e ira inexpresadas de los ilongotes descritos por Rosaldo (2000: 26). Al igual que Rosaldo, como investigador, mi primer impulso fue tratar de categorizar y explicar lo sucedido en ambos casos. No obstante, el "doloroso ajuste" (Rosaldo, 2000: 27) más problemático al que me he enfrentado en esta situación particular, ha sido la imposibilidad de una despedida, de un cierre y, por ende, de una explicación.

Conclusión



Algunos de los cuestionamientos a las que me enfrenté durante y después de las muertes del profe Rafa y de mi hermano, tuvieron que ver con la absorción de la "experiencia etnográfica" (¿cómo se convierte en experiencia etnográfica?) y la búsqueda de significados reflejados en mi propia historia. ¿Por qué la experiencia, y en este caso, el dolor ajeno, debía ser o estaba siendo transformado en etnografía? (¿en algo mío?) ¿Para qué observarlo, registrarlo y analizarlo desde categorías antropológicas? Cuando me planteé la pertinencia de abordar esta experiencia y describirla, una de las preguntas fundamentales tenía que ver con la parte ética; ¿era correcto recuperar algo tan personal? ¿Era correcto recuperar, contrastar y analizar mi propia experiencia a partir de la de alguien más? Esta última pregunta se unía al hecho de que no se trataba sólo de mi experiencia de pérdida; aún ahora mientras escribo, debo recordarme que mi hermano no era sólo mío, sino que fungió distintos papeles en su vida y en la vida de más personas.



La ambigüedad, puesta en el contexto de trabajo de campo, me permitió establecer la distancia necesaria para creer que estaba siendo objetiva a la hora de recabar y analizar la información resultada de mis interacciones y observaciones. Me permitió navegar en un inicio con la seguridad de quien cree que podemos elegir no ser "tocados" por lo experimentado en campo, y después navegar a sabiendas que se trataba de un proceso formativo y recíproco, al menos para mí.

No obstante, este entendimiento no terminó de cimentarse hasta que una situación extraordinaria conjugó y cuestionó mi posicionamiento subjetivo como creyente, y me hizo repensar el proceso de captura y construcción de datos antropológicos en campo, y la importancia que tienen los esquemas de experiencia en dicho proceso.

Bibliografía

Ewing, Katherine (1994). "Dreams from a Saint: Anthropological Atheism and the Temptation to Believe", *American Anthropologist* 96(3), 571-583.

Hoel, Nina (2013). "Embodying the field: A Researcher's Reflections on Power Dynamics, Positionality and the Nature of Research Relationships", *Fieldwork in Religion* 8(1), 27-49.

La Santa Sede (s.f.). Los Misterios del Santo Rosario. https://www.vatican.va/special/rosary/documents/misteri_sp.html

Mahmud, Hasan (2021). "'How can you be so naïve?' negotiating insider status among co-ethnic migrants in global ethnographic fieldwork", en M. Rezaul Islam, Niaz Ahmed Khan, et al (eds.), *Field Guide for Research in Community Settings. Tools, Methods, Challenges and Strategies*, 50-65. Cheltenham, Edward Elgar Publishing.

Rangel Lara, Trilce (21/05/2021). CIESAS Occidente, Conferencia: Encarnar el Objeto de estudio: Aproximaciones a la Autoetnografía. Video de Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=zFkxU8FF1jo>

Rosaldo, Renato (2000). "La aflicción y la ira de un cazador de cabezas", en *Cultura y verdad. La reconstrucción del análisis social*, 23-44. Quito, Ediciones Abya-Yala.

Tania Fernanda Aguilar Silva.

Egresada de la Licenciatura en Antropología por la Universidad de Guadalajara. Actualmente desarrolla la tesis de grado titulada "La territorialización del espacio urbano: análisis de un proceso de reapropiación comunal por el Comité Vecinal 'El Retiro' Parque Morelos en Guadalajara, Jalisco". Cuenta con cuatro años de experiencia como asistente de investigación en el CIESAS, unidad Occidente, y un año como asistente en el proyecto Gender, health and the afterlife of colonialism. Engaging new problematisations to improve maternal and infant survival. Sus intereses de investigación se enfocan principalmente en el estudio antropológico de las mujeres desde una perspectiva de género y feminista, y de la organización de grupos de resistencia urbana y barrial. Doctora y Maestra en Antropología Social por la Universidad de Manchester, Inglaterra. Licenciada en Antropología Cultural por la Universidad de las Américas-Puebla (UDLA-P), México. Actualmente se desempeña como profesor/investigador Titular B en el Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología (CIESAS), Unidad Occidente.